

6

Refiere Anatole France que cierta noche, en su propia biblioteca, recibió la visita, curiosa y cordial, de un duende extraordinario. Cadmo, el inventor del alfabeto, se allegó al gran escritor contemporáneo, el más ilustre de los escritores contemporáneos, nuestro Erasmo, nuestro Voltaire, y así le habló: «Dime, France, ¿habéis imaginado, los hombres de hoy, un nuevo placer, una voluptuosidad desconocida de nosotros?». France recapacitó un instante, y ofreció a Cadmo un cigarrillo. ¡La sola voluptuosidad nueva, desde que se inventó el alfabeto, es fumar tabaco!...

7

No hay placeres nuevos, ni nueva belleza, ni nueva virtud. El gran poeta, por grande que sea, será sólo uno de los pares de Homero. El gran virtuoso, por sublime que se manifieste, no superará a Sócrates, «el más sabio y justo de los hombres», al decir de Platón. Y Lúculo sigue comiendo en casa de Lúculo, cuando se oficia con arte supremo en los misterios del rito culinario. Ni placer, ni virtud, ni belleza son mayores. «La obra maestra, ya lo formuló Hugo, iguala a la obra maestra».

8

Lo que sí ha aumentado, por modo espantable, al decir de M. Durkheim, es el número de suicidios. Muchos piensan hoy, como Lamartine:

«Si me hubieran consultado, habría rehusado nacer». Y como no les consultaron, y el industrialismo no les proporciona la dicha que ambicionan, se privan de la vida. ¡Poco debe valer para su conciencia atormentada, la miseria de la parte alícuota de bien que les toca!

9

No, ni industrialismo ni socialismo resolverán el problema de la felicidad humana. Cristo jamás tocó una moneda. El oro amonedado es cosa que mancha. Hay que darlo al César. «Al César, lo que es del César», dijo Jesús. Nuestro mal contemporáneo estriba, en que no queremos mirar la vida por su lado religioso y trascendental. Estamos envenenados de codicia incoercible, los poderosos y los humildes. Los mismos religiosos hablan de socialismo cristiano, sin advertir la tremenda contradicción que exponen en sólo dos palabras. Socialismo cristiano, no; *cristianismo social*. Esta es la sola salvación, el solo bien. Venimos emprendiendo una operación matemática, equivocada desde sus comienzos. «Mi reino no es de este mundo».

10

Se dirá: «Hace veinte siglos se predica el cristianismo y nadie es cristiano». Contestaremos: Hace veinte siglos somos infelices, nos rebelamos contra nuestra desgracia, y no ponemos el único remedio eficaz, de nuestra amargura constante. El cristianismo, como todo ideal, no se realizará nunca en la tierra. Por eso, cabalmente, es eterno. Por eso nos relaciona, aquí abajo, con la vida de ultratumba. Es decir, el remedio sólo está en la religión, para esta humanidad contemporánea, infeliz, egoísta, irreligiosa y rebelde.

ANTONIO CASO.

Universidad Nacional,  
México, D. F.

## El vaso de Fausto

Semicuento

(De *El Figaro*, Habana).

FAUSTO era un hombre como cualquier otro. En nada sobresalía. Ni alto como un bambú, ni bajo como un comino; ni delgado como un alambre, ni grueso como un pipote. Se vestía al uso, comía al uso, se divertía al uso, amaba al uso, pensaba al uso. Su mediocridad no era dorada, era simplemente mediocre.

Y Fausto, como todo el mundo, tenía su peculiaridad. No la ostentaba, ni la ocultaba, la tenía. La peculiaridad de Fausto no consistía en hacerse acompañar de un perro, ni en dejarse acompañar de un gato. No poseía una pajarera, para limpiarle el comedero a sus canarios; ni un jardín para ingertar sus rosales; ni una huerta para aporcar sus lechugas. No le daba por los cuadros firmados o sin firmar; ni por los libros bien o mal empastados; no coleccionaba cacharros, ni siquiera sellos de correo.

Todo lo que Fausto tenía y cuidaba como a las niñas de sus ojos, era un vaso. ¿De baccarat? ¿de cristal de Bohemia? ¿de alabastro? ¿de plata? ¿de oro? No lo sé. Tampoco si era un oinojoe gracioso, o un kylix de ancho borde llamativo, un kiazos elegante o un kanzaros dionisiaco. Quizás no pasaba de un sencillito vaso de cristal, sin nombre técnico, y que sólo se distinguía por su escrupulosa limpieza.

Porque, eso sí, Fausto lo limpiaba por su mano, como si lo estuviera bruñendo, lo perfumaba, y lo guardaba en su pequeña vitrina, lejos de las miradas indiscretas. Le profesaba una especie de culto, de variadas ceremonias. A veces colocaba en él las orquídeas de más suntuosas formas; a veces un manojito de fragantes violetas. Hoy le servía de pecera, donde giran locamente pétalos animados, de vivos colores; mañana, de joyero. Un día lo rebosaba de un vino que semejaba rubíes disueltos; otro de miel que parecía oro derretido. Nada ofrecían la naturaleza o el arte, que pudiera contenerse en un claro recipiente, sin que lo buscara infatigable para regalo de sus ojos en su vaso de elección.

He aquí por donde Fausto el mediocre, Fausto el adocenado, Fausto el corriente y moliente, era también Fausto el único.

Y por eso me permito aconsejarte, lector mío, que si te interesa conocer a un hombre, conócelo en las entretelas de su corazón, no pierdas tu tiempo mirándolo por fuera, sino trata de averiguar si guarda por ahí, en lugar no muy visible,—que sí guardará—el vaso de Fausto.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

4 de julio, 1924.

Vedado, Calle 8, Núm. 18.

Habana, Cuba.

“Pegaso”

Montevideo - Uruguay

Es la mejor revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309  
Montevideo